

UNA APOLOGÍA DE LA VIDA INTELECTUAL

Comienzo estas reflexiones sobre la vida intelectual con una cita del *Programa General de Formación* revisado que destaca la importancia del estudio y la vida intelectual para nuestra vida y misión:

Nº 41. *“La formación para la misión pasionista conlleva también preparación y formación para proclamar la Palabra de la Cruz de la manera más efectiva posible para tocar las vidas de todos los necesitados. Los medios tradicionales de comunicación de la Palabra de la Cruz en las asambleas de la Iglesia y a través de los medios impresos ya no alcanzan a una gran proporción de personas, en particular a los jóvenes. Parte de nuestra respuesta debe ser una formación especializada en todas las áreas relacionadas con la comunicación. Esto es hoy más urgente que nunca dado el predominio de los medios electrónicos y digitales. La sociedad está cambiando a un ritmo acelerado con cada vez más presión sobre las personas. Hay nuevos desafíos para articular y compartir la fe de una manera creíble y atractiva. El crecimiento de la indiferencia y la hostilidad hacia la fe y la religión en muchas sociedades hace que sea imperativo encontrar formas efectivas para responder. La evangelización de hoy incluye una profunda preocupación por los pobres y por el futuro del planeta. Por estas razones, nuestros jóvenes deben ser alentados a estudiar ciencias seculares como sociología, psicología, economía, ecología, política... como ciencias esenciales para una comprensión más completa de nuestro mundo y las tendencias que están dando forma al futuro”.*

En general, los Pasionistas pueden ser descritos como misioneros, cuya obra misional se nutre de la contemplación de Dios y especialmente de Jesús en su Pasión. Los Pasionistas son hombres prácticos que están cerca de la gente. Desarrollan su misterio para el pueblo de Dios por medio de retiros, misiones populares y parroquias, predicando la Palabra y celebrando los Sacramentos. Los Pasionistas son sacerdotes y hermanos sencillos y santos. No son eruditos ni académicos. A diferencia de muchas otras congregaciones religiosas, los Pasionistas no dirigen centros de investigación y aprendizaje de renombre internacional y no tienen universidades. Este es el perfil de los Pasionistas que me presentaron cuando era joven y mi experiencia de la Congregación desde entonces lo ha confirmado.

No es que la Congregación de la Pasión sea anti-intelectual por principio. Creo que la actitud cautelosa hacia la vida intelectual tiene más que ver con los detalles particulares de nuestros comienzos e historia que con cualquier otra cosa. En la Europa del siglo XVIII, los centros de la vida intelectual

estaban lejos de Italia, en Escocia, Francia y Alemania. En estos países se difundieron las nuevas ideas. Nueva ciencia con Newton, nueva economía con Adam Smith, nueva política con Jean Jacques Rousseau, nueva filosofía con David Hume y Emmanuel Kant, nueva teología con los deístas y nueva música con Mozart y otros. Era una época en la que una serie de luminarias intelectuales ofrecían nuevas formas de comprender todos los aspectos de la realidad y la vida humana. El gran fermento intelectual de la época estaba lejos de Italia, en el norte.

La península italiana, en el siglo XVIII, estuvo dominada políticamente por Austria y España y, en gran parte, no se vio afectada por las nuevas tendencias intelectuales que se extendieron por el norte de Europa. Los católicos de la península italiana estaban protegidos de estas ideas nuevas, peligrosas y mayoritariamente protestantes. La Iglesia estaba ocupada tratando de mantener la paz entre los imperios católicos y, al mismo, tiempo buscaba nuevas formas de cultivar la fe y la vida devocional de la gente. Este es el contexto general del nacimiento de los Pasionistas y la aprobación de los Papas de la Congregación de los Pasionistas y de otras congregaciones similares, dedicadas a predicar misiones populares, a mediados del siglo XVIII.

Los pocos intelectuales católicos notables del siglo XIX estaban bajo sospecha, como el cardenal Newman, o condenados como liberales, como Lamennais, o modernistas, como George Tyrrell. La encíclica *Aeterni Patris* de León XIII fue un intento de promover la vida intelectual de la Iglesia y, sobre todo, de defender la Iglesia y la fe católica contra el peligroso nuevo pensamiento de la época. En este clima intelectual, los Pasionistas crecieron y se extendieron.

Durante gran parte de los siglos XIX y XX, los intelectuales de la Iglesia católica fueron sospechosos. Muchos fueron condenados, silenciados y se les prohibió enseñar o publicar. En ese momento, era mejor ser un sacerdote piadoso y sencillo que uno que leyese libros peligrosos. Los intelectuales, a menudo, todavía son caricaturizados por tener la cabeza en las nubes y ser de poca utilidad práctica. Los Pasionistas parecen haber absorbido esta sospecha de la vida intelectual y eso puede explicar por qué tenemos pocos eruditos y académicos serios entre nosotros. Por supuesto, existen algunas excepciones destacadas.

La situación en la Iglesia ha cambiado drásticamente. En la segunda mitad del siglo XX, la Iglesia Católica fue bendecida con un gran número de eruditos y pensadores innovadores reconocidos internacionalmente. El Concilio Vaticano II, en gran medida, recibió ayuda de la erudición y las ideas de grandes pensadores como Henri de Lubac, Yves Congar, Edward

Schillebeecks, Joseph Ratzinger y Karl Rahner, por nombrar solo algunos. Estos y otros como ellos inspiraron una nueva sed de teología, filosofía, historia de la Iglesia e investigación bíblica, que continúa enriqueciendo la vida y misión de la Iglesia.

Los católicos de hoy trabajan junto a hombres y mujeres de otras o de ninguna religión. Algunos de ellos son expertos en su campo y muchos son investigadores que quieren comprender nuestra fe y tienen preguntas perspicaces que requieren respuestas igualmente perspicaces. Muchos laicos católicos tienen una gran preparación y anhelan una fe iluminada por la razón. No están contentos con una versión de la fe desconectada de todos los demás aspectos de su vida adulta. No quieren dejar su fe en un rincón aislado y no racional de sus vidas. Quieren poner su fe en relación con los nuevos desarrollos de la ciencia y con las muchas cuestiones sociales y políticas urgentes del momento. Los católicos capacitados quieren poder aprovechar su fe como un recurso positivo para una vida más plena y humana.

La misión de la Iglesia de hoy no se limita a mantener la fe de personas sencillas y sin educación en Europa y América del Norte. La Iglesia Católica quiere encontrarse con el mundo entero y compartir la Buena Nueva con todas las personas. El desafío particular en Europa y en los países occidentales en general es el cambio del Estado confesional al Estado laico, democrático y liberal. La religión ya no es apoyada por el Estado ni está respaldada por la ley. Mientras era esa la situación, se garantizó a la Iglesia un papel importante en la sociedad y en la vida de las personas. Ahora la Iglesia tiene que convencer a la gente y ganarse su apoyo con la credibilidad de su testimonio. Parte de la credibilidad es la sustancia intelectual de su enseñanza y su capacidad para dar razones convincentes de sus creencias y enseñanza moral. Ya no es posible exigir obediencia sin razones. Cuando la Iglesia encuentra con nuevas personas y nuevas culturas, quiere compartir su mensaje desde la razón y el respeto. Esta es una forma importante de mostrar respeto por los demás. Razón, en este contexto, no significa reducir la fe a un sistema racional de filosofía. Significa que la fe no puede imponerse simplemente a personas dóciles bajo pena de sanción o condenación eterna.

Este nuevo contexto requiere un clero bien formado, capacitado para escuchar las preguntas de la gente y dispuesto para ayudar a encontrar las respuestas que respeten el misterio de la fe al mismo tiempo que busca iluminarlo con razón. De esta manera, la Iglesia será fiel a una de las tradiciones más antiguas de la comunidad cristiana que respeta el diálogo entre fe y razón, *fides quaerens intellectum*. Por otro lado, la fe separada de la razón corre el riesgo de descender a formas de fanatismo e intolerancia irracionales.

Desafortunadamente, hay evidencia de que esto está sucediendo en algunas partes de la Iglesia hoy.

La Iglesia heredó de los antiguos griegos un profundo respeto por el intelecto humano como “*facultad de lo divino*”. Todo ser humano ha sido creado a imagen de Dios y se le ha dado un deseo natural de Dios. Este deseo natural se mueve más plenamente dentro del intelecto humano que anhela conocer a Dios y experimentar la unión con Dios. El intelecto humano está orientado hacia Dios y el alimento del intelecto alimenta también este deseo natural de Dios. Los seres humanos alcanzan su plenitud natural cuando nutren el intelecto y permiten que el deseo natural de Dios crezca y se profundice. Según los grandes místicos del desierto, la oración y la contemplación es la actividad del *nous* o intelecto. El intelecto apunta en la dirección de Dios, pero es el don de la fe y el mensaje de Jesús lo que nos da el conocimiento más completo de Dios Padre y de su gran amor por cada uno de nosotros.

Los grandes doctores y los Padres de la Iglesia fueron reconocidos como “*filósofos*”, hombres santos que oraron y pensaron intensamente en los misterios de la fe cristiana. Esta combinación de profunda oración y estudio profundo permitió que la Iglesia floreciera a pesar de los muchos desafíos que llegaban de todas las direcciones. Pensamos en Orígenes, Atanasio, Gregorio de Nisa, Agustín, Máximo el Confesor, Jerónimo, Anselmo, Tomás de Aquino y muchos otros que oraron, pensaron profundamente y predicaron elocuentemente. Desde entonces, gracias a la combinación de fe y razón, la Iglesia floreció y la fe creció, se extendió e iluminó a los pueblos del mundo antiguo.

Este breve recorrido por algunos aspectos de la tradición intelectual de la Iglesia pretende despertar una nueva conciencia de la vida intelectual como parte esencial de la vida de todo misionero. Debido a una historia de indiferencia hacia la vida intelectual, llevará tiempo despertar de nuestro letargo anti-intelectual. Sin embargo, todos somos profundamente conscientes de que la Iglesia de hoy necesita encontrar un nuevo lenguaje para comunicar la fe de una manera creíble y convincente. El lenguaje más significativo es siempre el testimonio de hombres y mujeres buenos y santos que se dedican al servicio del pueblo de Dios. Exigirá también un compromiso serio con el estudio de la filosofía, la teología y las demás ciencias que definen y moldean el tiempo en que vivimos. No podemos pretender ser expertos en la Palabra de Dios si somos sordos a las preguntas y preocupaciones de las personas que nos rodean.

Concluyo estas observaciones con otra cita del *Programa General de Formación Revisado* que nos recuerda la necesidad de identificar a los jóvenes religiosos con aptitud para estudios universitarios. Esto es esencial para la

vida de la Congregación dentro de la Iglesia y para mantener un nivel mínimo de pensamiento crítico y reflexión que enriquecerá nuestra vida comunitaria y nuestra capacidad para responder a las demandas de una Iglesia y un mundo cambiantes:

43. *“Debemos estar atentos a los recursos académicos de la Congregación para que tengamos un número suficiente de personas cualificadas en las diferentes ramas de las ciencias eclesiológicas y seculares para mantener un nivel saludable de vida intelectual y cultural en la Congregación. En los últimos años, la mayoría de los estudiantes de posgrado se han dedicado a la espiritualidad y al derecho canónico. La vida y misión de la Congregación se beneficiarán de las contribuciones de eruditos bíblicos, teólogos sistemáticos, filósofos y personas cualificadas en las ciencias seculares. Otras áreas importantes de especialización son la administración y la adquisición de habilidades adicionales con respecto al mantenimiento de los bienes de la comunidad”.*

P. Martin Coffey, C.P.

Secretario de Formación